

Las expectativas que me habían creado eran duras, alguna gente que conocí en el camino entre recibir la beca y empezar las prácticas me advirtió de que no venía a un sitio fácil. Pero la decisión de elegir este estudio (el primero de mi lista) eran por razones arquitectónicas, sino fuese así hubiese elegido otra ciudad, otro idioma... Así que estaba en el convencimiento de que mi elección había sido la correcta. Siempre pensé que las experiencias son personales, y que en el mismo contexto y situación a una persona le puede ir bien y a otra mal, así que esta vez no iba a ser menos, me liberé de prejuicios e intenté hacerlo lo mejor que supe. Pero es cierto que todas esas conversaciones con gente que no conocía más que de 3 segundos me sirvieron para saber a lo que me enfrentaba y para aprender a no relajarme.

Una vez estuve aquí entendí por qué me asignaron el primero de mi lista, quizá todo el mundo sabía lo que yo no.

Lo cierto es que ya hace más de seis meses que estoy en esta ciudad, fuera de casa, la primera vez que estoy fuera durante tanto tiempo. Ese mismo tiempo es el que llevo trabajando, son muchos días, muchas horas extras y algún que otro fin de semana, pero el balance ha sido positivo y la verdad es que no me ha ido del todo mal.

Este tiempo me ha servido para aprender del mundo laboral, no solo de arquitectura, sino también como funciona un estudio, llevar un ritmo impuesto por otros, muy distinto a los tiempos que uno se marca durante los estudios de arquitectura. Algo muy distinto también es trabajar en proyectos ajenos, no pensados por uno mismo, con los que a veces se está de acuerdo y otras no, pero tu nivel de implicación ha de ser el mismo.

También tuve la oportunidad de relacionarme con gente de todo el mundo, no solo personalmente sino como compañeros de trabajo, algo sin duda enriquecedor, italianos, portugueses, un polaco, eslovenas, colombianos, argentinos, un australiano, además de la gente de diversos puntos de España. Mucha gente en muy poco tiempo, pero aprovechado para intercambiar experiencias y puntos de vista acerca de la arquitectura, lugares, viajes... y pintxos.

Lo mejor del estudio es que cuando empiezas eres un extraño pero la dinámica te hace ser uno más, hasta el punto de enseñar a los nuevos becarios el funcionamiento del servidor, el plotter... son pequeñas cosas que te hacen sentir en el equipo. El compañerismo se nota, y nunca en ese aspecto tuve ninguna queja. Formar parte del equipo significa también hacer todo tipo de trabajos, desde recados, encuadernaciones, cargar y descargar camiones con maquetas, realizar concursos (lo que más), proyectos básicos, cruzar mails con aparejadores sobre alguna obra determinada y hasta trabajar directamente con el arquitecto jefe. Este era mi objetivo, sacar partido de las ventajas de un buen estudio pero de pequeño tamaño, poder evolucionar, y tocar todos los aspectos posibles. En ese sentido, objetivo cumplido.

Lo peor del estudio son los días en los que tienes que escuchar malas contestaciones, gritos, y aguantar el mal ambiente, en esos días lo mejor que te puede pasar es que la “lotería” le toque a otro, pero igualmente resulta imposible trabajar concentrado. Siempre pensé que el buen ambiente y el positivismo dan mejores resultados a la hora de abordar cualquier proyecto, arquitectónico o no, pero he comprobado que existen diferentes opiniones al respecto.

En cualquier caso la oportunidad ha merecido la pena, durante los últimos años de carrera me había preocupado mi primera experiencia laboral, tengo el convencimiento de que esta experiencia marca tu futuro, y en este momento de pocas oportunidades para los jóvenes arquitectos es un privilegio poder estar en el sitio donde se hace buena arquitectura, aun a costa de otros aspectos no tan positivos.

Me quedo otra temporada más en el estudio, conseguir un contrato aquí hubiese sido mucho más difícil sin la oportunidad que me brindó la Fundación Arquia, espero que esta beca se siga repitiendo a lo largo de muchos años para que muchos otros jóvenes arquitectos puedan disfrutar de ella.

Rubén Sánchez Mosquera

Pamplona. Agosto 2013